

humorista americano de los años 20 puede parecer superfluo, pero si bien se piensa, el gran público español de hoy, al rememorar a las viejas glorias de aquel cine, no tiene más elementos de juicio que Chaplin y Keaton, quizá con alguna referencia a Harold Lloyd. El homenaje a Harry Langdon en Benalmádena viene a sugerir que surgían cómicos de tal calibre en aquella cinematografía por algo más que por casualidad.

MANEJAR LO HORTE- RA.

Paul Vecchiali (Ajaccio, 1930) pertenece a la especie de hombres de cine que trabajan siempre en base a la cohesión de un mismo equipo. El guionista Noel Simsolo, que aparece también como actor en *Vari*. Dos de los films de Vecchiali, es pieza clave. Como autor, Vecchiali tiene la ventaja de haber hecho películas ciertamente variadas en temática y estilo. Desde el aire proustiano de cortos como *Los rosos de la vie* a la consciente utilización de las posibilidades de lo hortera (*Les ruses du diable*, historia fotonovelera de modistillas, *Femes, Femes*, comedia irónica sobre lo femenino y como lo ven los hombres), a lo policíaco (*El estrangulador*), a lo porno-cine negro (*Change pas de main*), o bien a la denuncia antipena de muerte (*La machine*).

Con todo, Vecchiali ni llega a lograr obras redondas, sino que más bien parece hombre preocupado por esa vertiente de la estética que es lo distorsionador, lo pasota incluso: hay ternura, humor en sus películas, y la falta de sentido de la medida que exhibe no siempre pesa negativamente en el espectador. ■ MIGUEL BAYON.

CULTURA A LA CONTRA

Los mariquitas

LOS mariquitas son como lámparas de mesa, de esas antiguas, sustentadas por delfines sobredorados, y que cubren la impúdica bombilla con pantallita de símil terciopelo. Gustaban mucho, los mariquitas y las lámparas, a nuestras abuelas empobrecidas por esas guerras y posguerras que les dejaron los salones vacíos, llenos de polvo y plomo; llenaban, servían de pábulo para comentarios diversos, divertían y arrojaban una luz discreta sobre la concurrencia, ocultando incluso algunas arrugas. Los mariquitas eran monstruos sin sexo —lo tenían, claro, igual que las lámparas tenían bombilla; pero no se vela—, unicornios compañeros de dama virgen, quimeras descocadas dentro de un orden, llenas de floripondios y corsés. "Son sensibles y femeninas", declan de ellas nuestras abuelas, denigrándolas justo cuando pensaban justificarlas.

Luis Fernández, valenciano —y esto no es sólo un detalle anecdótico en su caso— ha escrito una novela que se llama "El anarquista desnudo", donde habla de mariquitas. Fue publicado primero en valenciano original, por "El viejo topo", y ahora lo han traducido al castellano en "Anagrama". Gana con la traducción: adquiere el idioma castellano resonancias extranjeras, de esas que les gustan tanto precisamente a los mariquitas, que son los que inventaron eso de ponerle al té una hache intercalada —"thé", dicen, haciendo un culo de pollo con los labios—, tal vez por lo del hervor. Habla, claro, de monstruos y quimeras; define a los mariquitas precisamente por el oropel, por la farfolla, por los trajes de fallera con que se adornan. Les define por lo que tienen de iguales entre sí, por el carmín.

Desde luego, es una manera de quitarse el muerto de encima, de frivolarlo: el mariquita deja de ser humano, se convierte en un montón de encajes y faralaes, y es así más fácil de vender como un hecho literario. Pero Fernández trata de no quedarse tan sólo en la superficie del asunto, quiere profundizar, y su novela, que al principio parecía jocosa, se va llenando poco a poco de sangre y de suicidios. Demasiado obvios, tal vez; demasiado "noveleros". La realidad del mariquita

hispano —no conozco demasiado el ambiente valenciano, pero supongo que en ese aspecto resultará igual en todas partes— tiene mucho oropel y mucho sufrimiento contenido; pocos suicidios, que serían una reacción violenta contra el medio opresor, y muchas neurosis. El mariquita hispano lucha contra su represión, contra su marginación, precisamente, haciéndose mariquita: su neurosis le defiende, hasta cierto punto, del suicidio, o, más bien, es un suicidio lento y diferido, una especie de intento de asesinato del ser humano, en favor del monstruo que se le ha obligado a ser, y que nutre con su sangre. El mariquita —con toda su carga folklórica, con lo que de chivo expiatorio de toda una sexualidad tiene— ha sido obligado a entrar en su corsé de carne, igual que se hacía con algunos niños chinos, a quienes desde pequeños se introducía en jarrones de formas monstruosas que iban llenando con sus cuerpos, hasta quedar convertidos en seres espantosos, en hombres de adorno y de salón. Fernández habla un poco de esto, lo aclara hasta cierto punto, pero no hace suficiente hincapié; por ello, su denuncia se queda en salvas de pólvora, y cuando quiere mostrar el horror de la vida cotidiana del mariquita tiene que recurrir de nuevo a tramoyas teatrales de poco novelista. Sin embargo, es un libro hermoso: en él, el mariquita —tantas veces citado aquí con su nombre infantil— pierde mucho de su carácter decorativo, de monstruo renacentista, y adopta el disfraz de águila bicéfala, de animal emblemático: enseña sus garras, se convierte en enseña heráldica, galopa, y corta el viento de la Historia para hacerse un nuevo manteo. Es figura de todos los marginados, de todos los vencidos, de todos los odiados. Su cuerpo es un poco el cuerpo de todos. Y, por ello, "El anarquista desnudo" resulta un libro bello.

Bellos, lo son también los mariquitas: bellos como teléfonos blancos en un crepúsculo de papel de chocolate, bellos como películas muy rancias donde hermosas damas de blanco arrastran sus visiones por decoradas geométricas, bellos, como el primer insulto que conocimos, sin saber su sentido, en nuestra vida. ■ EDUARDO HARO IBARS.



BANCO ZARAGOZANO